

## Las Antiparras del Conspirador

Mucho se había discutido entre las familias del vecindario de Santiago si asistirían o no a la fiesta con que don José Antonio de Rojas iba a inaugurar su casa-quinta la víspera de Año Nuevo, y es que aunque iban corridos días y años desde su famosa conspiración, todavía el conspirador seguía en entredicho por sus ideas. Los hombres de gobierno, sobre todo, no hubiesen querido comprometerse, en una época en que todo llegaba a oídos del Rey; pero se supo que don Ambrosio, el nuevo Presidente, había aceptado por su parte el convite y unos por sí y otros por ver quiénes más concurrían, ello es que, calesas, literas y corretas acarrearón a la Chimba desde mediodía, mucho paño de Lyon y mucha chorrera de encajes de Holanda.

La tertulia fue regia como sólo sabía y podía ofrecerlas aquel hombre excéntrico, y se vio que la nueva residencia correspondía a sus gustos. Situada más allá del Monasterio del Carmen Bajo, estaba dotada de comodidades y lujo que debían dar tema para largas consideraciones.

Los caballeros tuvieron para rato con la decoración del estrado cuyos muros estaban cubiertos nada menos que de papel pintado, y las señoras tomaron a sacrilegio el que la iluminación fuese de velones como sólo se había visto una vez en el jubileo de la ya entonces clausurada Compañía.

En fin, que el día había resultado soberbio.

Después de la comida, que fue servida al caer la tarde, los que vivían más lejos comenzaron a retirarse porque no era cosa de broma franquear la enorme distancia—tal vez unas doce cuadras— que mediaba de la Chimba al centro. Los esclavos encendieron los faroles, y al paso de las mulas o de los bueyes se volvieron todos a la ciudad propiamente dicha, cambiando sus comentarios. Quien, criticaba la terquedad del corregidor don Luis que en esta como en otras circunstancias no había dado su brazo a torcer y había dejado desairado a don José Antonio; quien, recordaba los amores que éste había tenido con la hija

del corregidor, aquella misma doña Luisa que ahora se había reunido con sus demás hermanas en el convento del Carmen. ¿Habría elegido el extravagante Rojas aquella nueva residencia para estar más cerca de ella? ¿Por qué no asistiría tampoco el brigadier? Los cascabeles de las mulitas repiqueaban menos que las lenguas de los chapetones, y esa noche ni el toque de queda logró apagar todos los fuegos y las discusiones.

Mientras tanto el espléndido anfitrión que se había quedado sólo con algunos contentulios de confianza y había puesto en tapete sobre la mesa en que se jugaba, la eterna cuestión que ya una vez había estado a punto de dar en galeras con su alma. Se conversaba de las ideas de Europa y de lo que recientemente habían hecho en Nueva Inglaterra. Los vinos importados por los galeones franceses expresamente para el magnate y a despecho de los corsarios de mar y tierra, daban al traste con la circunspección, como si hubieran traído los humos de Rousseau y de Voltaire, y el único comensal pacato que quedaba, que era don Tomás Alvarez de Acevedo, hubiera pagado cualquier cosa por encontrarse muy lejos de esa sospechosa compañía, pero, ¡diablo de don José Antonio! debía haberle mezclado plomo a su vino porque en vez de irsele a la cabeza al oidor, le pesaba terriblemente en los pies; y luego... ¡aqueillos naipes, aquellos embrujados naipes!

—Es así—dijo entre dos hipos el respetable oidor— es así mi señor de Rojas cómo las siete plagas se nos han descargado por nuestra impiedad y nuestros desacatos. Primero, hace tiempo, el temblor grande; después el memorial de su Ilustrísima al Consejo de Indias en que se quejaba de la silla que le había cedido el gobernador cuando el besamanos; luego el exhorto de su Majestad (A quien Dios guarde) por las insistencias de algunos regidores a la procepción de nuestro patrono; más tarde la discusión en el cabildo sobre los puestos que debe ocupar en los entierros; y últimamente la avenida grande y nuestro disgusto en

la Real Audiencia respecto al orden en que se ha de subir a los coches.

—¡Y van no más que seis plagas don Tomás!— añadió el dueño de casa sirviéndole una nueva copa y volviendo a dar las cartas. La séptima podría ser el fanatismo del corregidor, si su merced no se opone.

¡Bien hubiera querido oponerse su merced, pero ese diantre de vino gabacho le enredaba la lengua casi tanto como le trababa los pasos! Estaba entregado de pies y manos y se contentó con invocar algunos castigos del cielo sobre esos extranjeros que eran la causa de todo. En América del Norte, en París de Francia, según se venía corriendo ahora, y hasta en esta Capitanía General de Chile se admitían las cosas más absurdas sobre la libertad y el contrato social, y otras masonerías. ¡Aquello, Dios mío, debía de ser ya el acabo de mundo! Y no eran sólo los criollos, sino los mismos chapetones los que consentían que cundiesen. Alrededor de esa mesa, sin ir más lejos, estaba el Marqués de Bezanilla; estaba el Asesor; estaba don Juan; don Juan Antonio, don José Antonio, el mismo, en fin oidor de la Real Audiencia, y ¿No era allí dónde se decían las cosas peores? ¡Dios tenga piedad de nosotros!

—Pero don Tomás —interrumpió el Marqués aludido, que era joven, galante y alegre, y que como el antiguo conspirador había viajado mucho—, pero don Tomás, oiga Su Merced, yo no tengo la culpa de que mi abuelo se gastase cinco mil peluconas para que el Rey nos crease un marquesado. Mucho mejor habría hecho con ayudar a la fundación de otra escuela o de un tajamar o un camino carretero como los que proyecta el Presidente.

Este detalle, sobre todo, del camino a Valparaíso suministró un nuevo combustible a la charla, porque el italiano Toesca, que dirigía los trabajos de la casa de Moneda, comenzó a hablar del desarrollo de la capital. A su modo, el arquitecto también tenía ideas semiavanzadas, pues si bien no hablaba de escuelas en latín para los indios, soñaba para Santiago, con inauditos ornatos y embellecimientos: Hacer retirar, por ejemplo, de la Plaza de Armas el rollo donde se azotaba y convertirla en jardín; quitar el abasto de las gradas de la Catedral y aún poner algunas luces de aceite en las calles, a más de los candiles que se encendían frente el retablo de los santos. Con esto y los tajamares para las avenidas, se habría alcanzado al progreso.

En este último ramillete vino a desbarra el orador, porque don Tomás Alvarez que le había oído como verdadero oidor, volvió a ponerse en guardia inmediatamente. El no era enemigo de la civilización, pero el progreso ¡quita allá! el progreso eran esas malditas ideas republicanas, y todas las herejías. Nombró por dos veces a su Majestad el Rey y se inclinó hasta casi verse a los ojos la coleta de la peluca. Y paladeando el vino lamentó con más ardor que antes la intromisión de todo lo extranjero (el nuevo gobernador... ¡hum!). Había que volverse al chocolate y al mate como a un redil ¡nada de remedios de botica!

Los demás se reían y una y otra vez le escanciaban lo que él había denominado remedios de botica.

—Mi querido don Tomás —prevenía irónicamente el noble— juego arrastre y a ver si recojo a vuestro rey, ¡arrastre jugado! ... Vm. ha ofendido sin querer a Toesca y al vino, que los dos son de extranjis, y tiene que pedirles perdón delante de todos.

El oidor ya se había reconciliado con el vino, y aunque su juego iba mal, quiso hacerlo con el arquitecto; le ofreció un rapé, le invitó a merendar en su casa, “pero a la antigua”, no con esos vidrios, sino en verdaderos platos de greda, y finalmente declaró con solemnidad que don Joaquín Toesca era romano, de la patria del Santísimo Padre, apostólico y católico, y que él había querido referirse a esos Gramuset y esos Voltaire que le traían vuelto los sesos a don José Antonio.

Aquel parangón con el filósofo de Ferney, hizo reír a todos, porque Antonio Gramuset era el pobre diablo que con su tocayo Berney y con el propio de Rojas había fraguado la descabellada conspiración, llamada “de los tres Antonios”, para establecer en Chile una República, aun antes que pensara hacerse en Francia. ¡Pobres precursores! El patricio se enjugó una lágrima y pensó seguramente en que por esa vez lo habían favorecido los privilegios y la injusticia. ¡El estaba allí brindando y gozando de la vida, mientras que sus compañeros! ... ¡pobres diablos! ¡pobres diablos!

La partida concluida, uno a uno fueron desfilando los huéspedes, deseándose un Feliz Año Nuevo, hasta que con don José Antonio no quedó sino el oidor, obstinado en sus ideas. ¡Somos peores que los indios, más rebeldes! —repetía—. Ese gobernador... ¡hum! por él viene todo lo nuevo.

Ya no se le quiebra el pie a los esclavos cuando se escapan; ya se ha declarado que los indios tienen alma; ya hay puente. ¡Hum! ese gobernador irlandés engendrará la revolución.

Por fin se puso en pie y al ver frente a él un caballero con la golilla manchada y la peluca de través, volvió a repetir que eran peores que indios. Sin embargo, aquel incorrecto personaje que acababa de aparecersele, no era sino la imagen suya reflejada por una cornucopia.

Aquella noche la desgracia había de perseguir al oidor, porque hete que al subir a la calesa con el dueño de casa, que se había brindado a llevarle, un brusco encontrón con un cuerpo que nunca supo sino que era sólido, lo privó de la vista, que tanto daba perder las antiparras. Los vidrios se habían hecho pedazos y sólo conservaba el complicado montaje de cuerno con sus cuencas como una calavera. Don Tomás interrogó a la Cañadilla, a don José Antonio, a las estrellas, a todos los seres inanimados o animados sobre la causa de su desventura. Después, en un raptó de independencia a su modo, acusó de ello al Conde de Aranda por haberle aconsejado a Carlos III, la expulsión de los jesuitas de sus dominios. ¡Volvería, sí, la Compañía, y él tendría que encargar nuevos anteojos! Como Jeremías, quiso sentarse a llorar sobre las ruinas, y a su acompañante no le costó poco meterlo dentro de la calesa.

Reinaba el silencio de las altas horas, porque ya era cosa de los diez, y no transitaba un alma. Una vez que hubo llegado el carruaje al puente de Cal y Canto, el oidor se empeñó en bajarse para ver si el óptico tenía todavía abierta su tienda, uno de aquellos muchos baratillos colocados de trecho en trecho en las garitas. Naturalmente estaba todo cerrado. Pero entonces se obstinó en que su amigo se volviese y en seguir a pie y solo hasta su domicilio. Lo más que don José Antonio pudo conseguir de él fue que le tomase prestadas las gafas y allí mismo, a la luz de una débil luna, se separaron.

—Tenga su merced un feliz año.

—Dios se lo dé a su merced.

Bueno, pensaba el patriota yendo a buscar su coche; ¡con que no le vaya a pasar algo al viejo!

¡Pero él mismo se sentía fatigado y abatedo, sabe Dios por qué, con ganas de recogerse más que de otra cosa! Así, pues, apenas volvió a rodar, recostado sobre los

cojines, y ya se había olvidado no sólo del oidor sino de todos sus huéspedes, para soñar nada más que con la hermosa esposa del señor, que esperó algún día llamar suya. Los negros cipreses del Monasterio le hicieron suspirar, y cuando volvió a encontrarse en medio del desorden de las salas donde se había dado la recepción, consideró desoladamente aquel lujo inútil, y pensó que de buena gana renunciaría hasta a sus ideales con tal de tenerla a ella allí, bajo ese techo que había convocado esa noche a tantos enemigos y amigos, ¡a tantos extraños, en suma!

## II

Apenas el viejo oidor se había calado las gafas de su peligroso amigo, cuando ya comenzó a notar que no eran como para él. Y no sólo porque se aviniesen mal a su nariz moderada, sino porque los espejuelos debían de ser de un número mucho más alto, y tanto, que en fuerza de aumentarle la vista se la volvían turbia y llorona. Recordó lo que decían generalmente de que el conspirador tenía la vista larga, en contraposición con él que hacía la vista gorda, y por tan extraño modo trató de explicar el hecho de que apenas había dado unos cuantos pasos, cuando ya había perdido de vista al Cal y Canto, como si se hubiera evaporado. "Debe ser, pensaba, que estos anteojos van adelante de mis pies, y que ya no veo aquello por donde todavía ando" . . . También supuso que los anteojos contribuían a marearle, y de buena gana se los hubiese quitado, si no fuera que sin su auxilio, no veía góta.

Marchaba por una calle que en el primer momento desconoció, pero que después supuso debía ser la de la Nevería. Lo que más le intrigaba era encontrar tantas pulperías abiertas y cruzarse con tantos transeúntes, que además le eran desconocidos y que no debían de conocerle por cuanto ni le saludaban ni le cedían la acera. ¡Vaya una aventura de Año Nuevo! reflexionaba el oidor abriendo tanto ojo como quien ve visiones. La multitud le codeaba, pero sin hacer ruido, como si se tratara de un sueño, y el pobre hombre llegó a temerse que estuviera dormido . . . ¡diablo! o muerto quien sabe y en el otro mundo.

No, aquel no era su Santiago, su buena y católica ciudad española. Vio extraños vehículos que volaban dando graznidos como los gansos y oyó entrecruzarse un cam-

panilleo que al principio creyó que debía de ser que traían a Nuestro Amo; pero ¿A quién podían llevarse a esa hora? El oidor desplegó su gran pañuelo de hierbas para arrodillarse, pero antes quiso aprovecharlo en restregar los malhadados anteojos. Pasó como una exhalación un carromato que brillaba como un oro. Entonces completamente desorientado, absolutamente perplejo, el bueno de don Tomás Alvarez de Acevedo echó a andar persignándose y repasando todos los casos de encantamiento de que había oído hablar. Aquél debía de ser uno y de los más sonados. ¿Qué pensaría su doña Tomasa, de su tardanza? ¿Cómo hallar su aristocrática calle de Santo Domingo entre aquella batahola? ¡Y no era que estuviese obscuro, porque un resplandor infernal como el del trópico hacía día de aquella noche. Un resplandor que estaba en todas partes y en ninguna como si lloviese de lo alto. Don Tomás levantó los ojos y se quedó helado.

¡Oh, seguramente, aquello era el juicio final! El firmamento estaba cuajado de estrellas de todos colores que caían como una lluvia. Y la multitud de fantasmas también alzaba la cabeza, y reían los malditos con su risa silenciosa. El oidor creyó volverse loco.

¡Esto no puede seguir así, se dijo pellizcándose, esto no puede seguir! Por otra parte, ¿A quién preguntarle que no se me enoje? Debo de estar borracho perdido. Ese diablo de don José Antonio le ha puesto demonios a su vino. ¡Sácame, Señor de este trance y te aseguro para tu altar mi bastón con puño de oro! ¡Virgen Santísima, quién había de pensarlo!

En esto y batiendo la calle con su manteo vio que caminaba delante de él un sacerdote. Un poco antes don Tomás hubiera podido extrañarse de que las gentes tampoco se le descubriesen al Ministro del Señor; pero en la actualidad ya estaba curado de espantos menores y sólo pensó en que podría interrogarle, y apresuró el paso. ¡Cuál no sería su asombro al encontrarse lado a lado de un jesuita!

—¡Mi reverendo padre! —exclamó el oidor, teniendo su tricornio en las manos—, ¿Cómo es posible? ¿Pero desde cuándo ha vuelto a Chile la Compañía? ¿Está bueno el abate Molina?

El sacerdote le miraba de hito en hito. Después trató de apartarle de su camino, y de proseguir.

—¡Vaya con Dios! No cuadra bien a un

anciano vestirse de máscara por más que sea Año Nuevo.

—¿Eh? —baluceo el oidor.

Y se miró el traje. Sólo entonces vino a darse cuenta de que los que pasaban cerca de él, aparecidos o vivos, vestían de un modo muy diferente.

—Creedme... —empezó.

—¿Qué quiere, en fin? —interrumpió el jesuita.

—¿Qué quiero? ¡pues diablo!... ¡Oh, Dios me perdone! ¡quiero, con todos los diablos, que me echéis los que llevo en el cuerpo! ¡Excusadme, soy un poseído, padre mío!

El padre se había hecho a un lado con él para dejar pasar a la gente. Su aspecto se había dulcificado, sonrió como se sonrie a un niño y cogió del brazo al viejo.

—¿Dónde vive, hermano?

—En la calle Santo Domingo, cerca del Consulado.

—¡Oh, pero si se ha pasado, si ya estamos por llegar a la plaza Independencia!

—¿Independencia?... —El oidor sintió una irresistible necesidad de ver algo conocido. La plaza, si era la de Armas, él tenía que reconocerla por la fuerza, y arrastró a su acompañante.

Pero sólo vio un mar de gente, tal como un mar inmenso encajonado entre cuatro filas de palacios que brillaban como miles de lamparillas.

—Pero, ¿Es que se va a colgar a alguien? —exclamó el oidor.

—¡Colgar! —repitió el otro como un eco— ¿Qué no ve que hay fuegos artificiales?

—... ¿O se trata de una riña de gallos?

—¡Vamos! —dijo el jesuita sonriendo— ¿Quiere o no quiere que lo vaya a dejar a su casa? ¿Cómo se llama, hermano?

El oidor dio sus nombres y sus títulos.

—Bueno, bueno —murmuró el jesuita.— Al principio le había tomado por un histrión disfrazado, pero ahora veo que Ud. es un... No conozco a su familia. Hace un siglo, por la época del terremoto, hubo un Alvarez que hacía remitidos y un Acevedo que componía música. ¿Tal vez serían sus abuelos?

—¡Mis abuelos! Mi abuelo que efectivamente alcanzó al Temblor Grande, fue regente de la Audiencia, y mi otro abuelo... ¡Músico! ¡Vaya una idea!

—Precisamente, ahí tenemos un concierto que sale —interrumpió el sacerdote.

Don Tomás recordó vagamente el clavicordio que había visto en casa de don Jo-

sé Antonio y la guitarra que su mujer sabía hacer hablar. Por un curioso fenómeno sentía que a medida que pasaba de uno a otro asombro, el suyo disminuía y hasta se halló alegre y confortado con el encuentro.

—¿Conque la Compañía de Jesús ha vuelto? —dijo recayendo en su tema— —¿Y desde cuándo querido padre?

—¡Oh, ya va para doscientos años!

Don Tomás se quedó parado y con la boca abierta. No podía concebir que un sacerdote se burlase de él. Lo miró severamente y le preguntó casi con irreverencia:

—¿Entonces... a qué año iríamos a entrar?

En ese instante miles de campanas parecieron echarse al vuelo para interrumpir aquella pesadilla de don Tomás, que hasta entonces había sido sorda y más o menos silenciosa. Llovía del cielo fuego de todos colores, como si se hubiese roto un arco iris, y un vocerío como de una batalla resonó en el espacio.

—¡Bienvenido el mil novecientos noventa y siete! —dijo religiosamente el jesuita.

—Querriáis decir el mil setecientos noventa y siete.

—Bienvenido —repitió el fraile, desentendiéndose.

¿Por qué sólo en aquel momento vislumbró la verdad del oidor? Ello es que se echó a llorar a mares.

—¡Señor mío, mi querido señor! —trataba de decir el sacerdote.

Pero don Tomás tenía para rato, como si llorase sobre su propio cadáver. Había comprendido que habían pasado doscientos años desde su despedida de don José Antonio y se encontraba en medio de una ciudad del siglo XX.

—¿Pero, por lo menos, estoy en Chile, su paternidad?

—Sí, hijo mío.

—¿Y en Santiago, su paternidad?

—Sí, hijo mío.

—¿Y todavía existe la calle Santo Domingo?

—Sí, hijo mío.

—Pero, ¿para qué? —volvió a gemir el desventurado— si de los Alvarez de Acevedo ya no queda sino yo, un alma en pena. ¡Cómo habrán despilfarrado mi hacienda! Y pensar que un nieto mío ha compuesto mú-

sica y que otro ha hecho eso que llamáis remitidos. Y, decid ¿sobre qué eran esos embutidos?

—Política, hijo mío.

—¿Realista, al menos?

—¡Realista! —lamentó el padre— ¡qué iba a serlo, si ya ni reyes quedan! En cuanto al músico, celebraba las hazañas de nuestros gloriosos araucanos.

—¡Virgen, ellos gloriosos araucanos! —Vociferó don Tomás en el colmo del desatino—, ¿Pero quién entonces gobierna a Chile?

—El presidente.

—¿De la audiencia?

—¿Eh? ¿de la República querrá Ud. decir!

Don Tomás no quiso saber nada más; ¡luego, en esas manos había caído su pobre patria! Ya no se necesitaba preguntar si se había entronizado el progreso. Esos horribles vehículos, ese hormiguero, ese barullo, esas indecentes estrellas, todo eso era el progreso, que no sólo había transformado la tierra sino que también el cielo.

—Pero, ¿Cómo está la Compañía, padre mío?

—Bien, bien, hijo... —replicó el jesuita, con alguna vacilación.

—¿Y nuestro Santo Padre de Roma?

—Tal cual.

—¡Menos mal! —murmuró don Tomás— ¡todavía hay Dios! Ahora dejadme, abandonadme. No tengo donde ir. Alojarse en la calle.

Y en la calle debe de haber alojado, porque a la mañana siguiente, cuando el sereno hacía su ronda y anunciaba el tiempo: "¡Alabado sea Dios, las seis y media y sereno!" en el portal de la casa del procurador del Cabildo don Juan Antonio Ovalle, encontró acurrucado a todo un don Tomás Alvarez de Acevedo, oidor de la Real Audiencia. ¡Felizmente había perdido ya las antiparras, las pícaras antiparras del conspirador!

¡Pobres antiguallas montadas en acero y con lentes de un poderoso aumento! ¿Por qué no se las busca? Hoy que usamos anteojos de oro ahumados, tal vez fuera un remedio encontrarlas, ponérselas, y no volverlas a soltar\*.

\*Cristián y Yo.

Nacimiento. Santiago de Chile, 1946. Págs. 369-383.